

Juego y alegría en Pediatría

Programa Jarabe de Risas

SaludArte - Casmu

Por Federico Jano



El ir a intervenir en el hospital siempre es un misterio que comienza a develarse cuando nos ponemos las máscaras y entramos al mundo del Clown. Un lugar donde, como payasos, tenemos libertades y permisos que el resto de los adultos no tiene.

El payaso de hospital nace cuando se pone la nariz, muere cuando se la saca y vuelve a renacer cuando le toca volver. Pero no es el mismo, cambia, como lo hace el clima, la ropa que se pone, los pacientes, los trabajadores de salud y como lo hacemos todos en cada amanecer.

La única certeza que tenemos es que vamos a morir, el resto es incierto. Y es en base a esa máxima que el payaso es, porque sabe que va a morir como tal al momento de quitarse la nariz. Y ve en ese aquí y ahora un momento único e irrepetible para jugar. Va al encuentro del juego dejando todo prejuicio de lado. El payaso hospitalario no ve apenas a un niño enfermo o una madre que lo acompaña, sino que ve posibilidades infinitas de conectar con otro ser a través del juego.

“Jarabe de risas” es un programa de la Fundación SaludArte que se viene desarrollando desde hace 19 años en diversos centros hospitalarios y desde hace 6 años en Casmu. Fue creado por la psicóloga Rasia Friedler a raíz de la necesidad de proporcionar al paciente una atención integral que brindara un soporte psicoafectivo tendiente a reducir el estrés que conlleva la hospitalización.

El jueves pasado, Salvatore (Federico Jano) y Papapapaya (Stefania Tortorella) llegaron a la sala de Pediatría del Casmu y se encontraron con que casi todas las habitaciones estaban en uso. En cada una de ellas había un universo distinto y una posibilidad diferente para crear un vínculo. En cada habitación la forma de conectar es diferente y ahí está el reto: crear un vínculo a través del juego que no existía hasta el momento.

Nos encontramos con Bastián, un superhéroe que nos deleitaba con sus habilidades para tirar patadas y giros, en tanto que nosotros le mostrábamos nuestras técnicas de ponernos duros como estatuas. Eso no duró mucho, la energía de este niño pedía movimientos de libertad. Al punto que terminamos jugando a las escondidas desde la lógica del Clown, escondiéndonos detrás de su madre, haciéndonos pasar por adultos sentados en un sillón en el espacio de trabajo de enfermería. Es interesante porque encontramos, en el hacernos pasar por una “persona grande”, un aparente escondite para el payaso. Fue un alboroto. Cuando nos íbamos, Bastián seguía con esa energía de moverse y expresarse en voz alta, y uno de sus acompañantes que había llegado después le hacía señas de silencio. Claro, estábamos en un sanatorio...

También nos recibió Priscila, que vino directamente a nuestro encuentro con su estetoscopio y vacuna de juguete. Queríamos esa inyección. Claro, era de colores, pequeña y en nuestro mundo, tenía chocolate dentro. Cuando el niño recuerda, y se permite salir de la situación en que se encuentra, hace nuestro juego mucho más fácil, porque el ida y vuelta se hace más fluido. Y es también él mismo quien propone algo. El payaso, abierto al juego, siempre dice que sí. Priscila fue nuestra guía. Nos llevó a su habitación compartida con otra niña que en ese momento estaba abrazada a su madre. Encontramos en su padre un asistente que nos ayudó a hacer malabares con los globos, y como el piso era lava, no podíamos permitir que cayeran al suelo. ¿Por qué no?

La habitación se transformó: 2 payasos, un papá y nuestra guía intentando que los globos no tocaran el suelo. La niña, aún reclusa en los brazos de su madre nos miraba con una tímida sonrisa. Eso es lo que se permitió en ese momento y fue ideal. Podía ser una sonrisa, una carcajada o una interacción física. Lo cierto es que nuestro encuentro le generó algo que le permitió sumergirse en el juego.

Volvimos a encontrarnos con Laura, una adolescente de 12 años que ya había estado internada anteriormente. Estaba acompañada por su abuelo y fue a través de él que pudimos conectar con ella. Descubrimos en su abuelo un actor de cine, lo llegamos a ver en una película en la tele, una persona que hablaba chino y alguien a quien nosotros admirábamos, al punto de pedirle el correspondiente autógrafo. El trabajo en el hospital no solo abarca a los que están hospitalizados sino también a sus acompañantes. A veces buscamos conectar con la persona que está hospitalizada a través de su acompañante. Esta parte de la intervención nos llevó al concepto de reconocer y destacar a la persona que acompaña. Si es un familiar, más aún, porque el afecto hace que brinde lo mejor de sí a quien está acompañando, cualquiera sea su situación. Nos despedimos con un intercambio de saludos de manos que terminaron en un enredo entre Laura, su abuelo y Salvatore.

Apenas entramos a la habitación, Joaquín, que estaba junto a su madre le dijo a Papapapaya: “No me gustan los payasos”. Le preguntamos por qué estaba ahí y nos mostró su ombligo donde tenía una sonda. Cuando nos mostró la sonda le dijimos: “Ahh claro, porque tenés calzoncillos rojos” a lo que respondió: “Nooo” y se puso la mano en la cabeza, riendo. “Ahh, ¿por qué te pusiste la mano en la cabeza?”. Por un instante dejamos la enfermedad de lado. Para nosotros no era un niño con un “problema” sino un nuevo compañero de juego. Además, la madre le estaba dando chocolatada con un sorbito. De alguna forma llegamos al concepto de que su mamá tenía el corazón grande, que su corazón era como el de una ballena que tiene un corazón enorme. Ese instante en que la madre alimenta al hijo nos retrotrajo al momento en que una madre le da el pecho a su recién nacido. Nos llevó por un cúmulo de emociones, donde se podía ver un amor puro, sin máscaras, el amor de una madre alimentando a su hijo.

De esta forma divertida generamos un espacio creativo de expresión compartida con los niños internados, sus acompañantes y el personal de salud, prestando especial atención a los aspectos subjetivos de la experiencia de internación.

Montevideo, mayo de 2018

Payasos hospitalarios:

Salvatore (Federico Jano) y Papapapaya (Stefania Tortorella)

Fotografía:

Marcel Larroude

Coordinación:

Rasia Friedler